

ofensa de nuestro Criador. Sola, pues, debe y merece ser adorada aquella Sabiduría Divina. Sola aquella Magestad merece adoracion: pues de ninguna cosa crió todo el universo, y con su omnipotencia dió á todas las cosas criadas las formas, tamaños y hermosura que quiso su voluntad eterna, dividiendo lo criado en cosas celestiales y terrenas. Sean, pues, el sol, la luna y las estrellas, provechosas para nuestro servicio: sean maravillosamente hermosas para nuestra vista: mas en esto es razon que se guarde tal ley, que demos todos gracias al Señor que las crió, y le adoremos por nuestro Dios, y no á la criatura hecha para servirnos. Alabad, pues, muy amados hermanos míos, al Señor en todas sus obras y juicios: creed con toda firmeza de fé católica el misterio grande del Infante Jesus nacido, y la integridad de la Madre Virgen Sacratísima que le parió: sed agradecidos con todas vuestras fuerzas á merced tan grande, y con servicios santos, castos y limpios abrazadle ahora Infante recién nacido, para que le podais gozar Rey glorioso en el Cielo con el Padre, y con el Espíritu Santo para siempre jamas.

Sermon del glorioso San Fulgencio Obispo de Cartago sobre la fiesta del glorioso San Esteban.

Ayer celebramos, muy amados hermanos míos, el Nacimiento temporal de nuestro Rey Eterno y Capitan General: hoy festejamos la pasion triunfal de un Soldado suyo. Ayer salió nuestro Rey y Señor de la sala real del sacratísimo vientre virginal, vestido de nuestra humanidad, para visitar el mundo: hoy sale este Soldado suyo de la casa de su propio cuerpo, para subir triunfante al cielo. Ayer entró nuestro Rey para pelear en el campo de este siglo vestido de la ropa servil de nuestra carne, pero guardando siempre la Magestad de su divinidad eterna: hoy se ha des-

nudado este Soldado suyo de la vestidura corruptible de su carne, para subir á reynar para siempre en el cielo. El Señor descendió vestido de nuestra carne, y éste sube coronado con su propia sangre. El Señor descendió acompañado de Angeles con alegría gloriosa; éste subió apedreándole los Judíos con rabiosa furia. Ayer en el Nacimiento del Señor cantaron los Angeles: hoy subiendo Esteban le recibieron con mucha alegría en su compañía. Ayer, pues, salió el Señor del vientre de la Virgen, y este Soldado suyo salió hoy de la prision de la carne. Ayer se vió el Señor por nosotros envuelto en pobres pañales; hoy se vió su Soldado Esteban vestido de la estola rica de inmortalidad de mano del mismo Señor. Ayer se vió el Infante Jesus puesto en un angosto y pobre pesebre; hoy se ve Esteban aposentado con triunfo en la espaciosa Magestad del cielo. Descendió solo el Señor, para que muchos subiesen con su venida. Humillóse nuestro Rey de sus alturas hasta el suelo, para ensalzar sus Soldados á las sillas del cielo. El mismo Señor, que adornó de tanta gracia el vientre virginal para formar su Cuerpo Sacratísimo, abrió el cielo para su Capitan bienaventurado. No se desdeñó el Señor, del mundo, encerrarse en la estrechez del vientre de una Virgen, para que el alma del glorioso Esteban gozase de los palacios espaciosos del cielo. Mas á mi parecer, muy amados hermanos míos, será muy justo que sepamos, de qué armas se armó el bienaventurado San Esteban para vencer la crueldad de los Judíos, y merecer un triunfo tan glorioso; porque sin duda no son cosas para despreciadas una virtud y esfuerzo tan valeroso en pelear, y una honra tan gloriosa en triunfar. No es de creer que estaba armado de armas viles, el que de tantos no pudo ser vencido: muy señalado valor y virtud maravillosa fueron menester, para no espantarse de ver tantos y tan rabiosos enemigos, que crugiendo los dientes venian contra él, y para no desmayar en los crueles golpes de piedras que he-

herian en su persona y cabeza. Fué tan grande y admirable su esfuerzo en no temer, y su constante paciencia en sufrir, que recibió con solas estas armas los cruellísimos golpes de las piedras: les predicaba con alegre reposo, y reprehendia con muy verdadera caridad su incredulidad, y falta de fé: y con muy ardiente fervor de amor siempre rogaba al Señor por su culpa. Armas extrañas son éstas, pues no hay fuerzas humanas que las puedan vencer, y armado San Esteban glorioso con ellas, se atrevió á reprehender á los furiosos enemigos que le apedreaban, y los venció no hiriéndolos, sino sufriendolos; y siendo allí muerto, entró vivo y con corona gloriosa en el cielo. Sin duda era defensa real la que tenia, pues no pudo ser vencido de tantos y tan poderosos enemigos. Nuestro Rey Soberano y grande Señor siendo de tan alta Magestad, tuvo por bien el venir á nosotros muy humilde; y aunque en su hábito pobre, traxo para nosotros muchas riquezas que darnos, y de éstas proveyó á sus Soldados, no solo para enriquecerlos, sino tambien para hacerlos siempre fuertes, y vencedores en las batallas. Lo primero nos traxó el don de la caridad, para que con él subamos á gozar de su divinidad. Nos dió todo lo que traxo, y sin menoscabarse sus riquezas, por un modo maravilloso enriqueció nuestra pobreza, quedándole siempre sus tesoros enteros. Y el amor traxo á nuestro Dios y Señor del cielo á la tierra, y el mismo amor llevó á Esteban de la tierra al cielo. La caridad que fué la primera que se vió en el buen Rey, esa misma resplandeció despues en el Capitan. ¡O poder admirable del Salvador! ¡ó gracia de nuestro Redentor, que merece ser siempre predicada! En la Madre mostró el milagro de la virginidad eterna, y en su Mártir mostró testimonio de caridad nunca vencida; y así en la Virgen perseveró la integridad sin ofensa, y en el Mártir perseveró la vestidura de amor sin menoscabo; y como en la Madre Sacratísima del Señor, no pudo la virginidad ser

ofen-

ofendida, en el alma del Mártir glorioso, nunca pudo la caridad de Jesu-Christo ser vencida con todo el ejército de crueldades; y así concluimos, que Esteban para merecer la corona conforme á su nombre, siempre se armó de caridad, y con esta se halló vencedor en todo tiempo y lugar. Usando del amor que tenia á su Dios, no se dexó vencer de la crueldad de los Judíos, y usando del que tenia al próximo, rogaba por los que le apedreaban. Con la caridad reprehendia á los que veia errar, para que se corrigiesen: y con la misma rogaba por los que entónces le apedreaban, para que no peciesen. Afirmado en la virtud de la caridad, venció á Saulo, que contra él se mostraba tan cruel; y mereció tener en el cielo por compañero, al que en la tierra tuvo por perseguidor. Con esta santa caridad nunca cansada deseaba ganar orando á los que no podia convertir predicando. ¿No es de creer hermanos míos, que Esteban glorioso amaba á sus enemigos, quando oraba por ellos? ¿diré que no los amaba, quando reprehendiendo su incredulidad, procuraba enseñarlos? No quiera Dios que cosa semejante se piense del glorioso Mártir, que con tanta priesa procuraba subir á los palacios del cielo. La misma caridad santísima era con la que Esteban guardó firme paciencia en la oracion, y con la que mostraba constante fuerza en la reprehension, y por esto mereció ser oida su mansedumbre quando oraba: porque no faltaba en la caridad, aun quando asperamente reprehendia. De donde claramente se infiere, que Esteban Proto-Mártir glorioso, orando, ó reprehendiendo siempre guardó la caridad. Pues en qualquiera de estos exercicios no procuró sino la salud de los que veia perdidos; y la oracion tan santa que por ellos hacia, muestra bien que la reprehension era de amor y no de furor. Haciéndolo así este Mártir bienaventurado dió gran exemplo de caridad á los que estaban presentes, y de grande doctrina á los que despues han vivido. Mostró á los Pastores Eclesiásticos, cómo

mo

mo se han de armar de una doble industria en el remedio de sus ovejas, y para gobernarlas bien, que no les falte en la boca la doctrina y la reprehension, ni les falte en lo secreto, para encomendarlas á Dios, la constante oracion. Porque así sucederá, que el pecador con la reprehension se confunda y avergüenze de sus culpas, y con la oracion sea ayudado del Señor. Es officio propio de la caridad, traer en la boca la justicia para corregir al que yerra, y en el corazon la paciencia para rogar por él con todo afecto al Señor. El pastor que no corrige al que vé que está en pecado, es negligente, y si no orare por él, será condenado por homicida. Por tanto, muy amados hermanos míos, quando fueredes reprehendidos por vuestro bien, no lo lleveis mal: tomad los consejos de caridad, y no penseis en el amargo que sentis en la reprehension, sino en la necesidad que teneis de la salud. Porque la reprehension os la dan para que os emendeis, y salgais de pecado; y si acaso os parece, que vuestro superior ó qualquier próximo que os reprehende, trae alguna aspereza en las palabras, pensad que tiene el corazon muy blando y lleno de ardiente caridad, con la que desea toda vuestra salud. Porque quando os reprehende, de tal manera vela en su boca la reprehension, que no duerme dentro del alma la oracion. De manera, que todo se hace con respeto á la salud del pecador: para que por medio de la reprehension se halle confuso, y se emende: y por medio de la oracion Dios le mire con misericordia y le salve. Escrito está en la Escritura Sagrada: reprehende el Señor al que ama, y castiga al que toma por hijo. Obligados, pues, por la caridad de nuestro Redentor, amonestamos á los buenos que perseveren en virtud, y á los malos forzamos á que se aparten del mal. Buen exemplo tenemos en estos dos gloriosos Santos de quienes hoy hacemos mencion, dándonos como nos dan dos caminos para la gloria. El que se halla viviendo en justicia, y perseverare en la caridad á exemplo del glo-

rioso Mártir Esteban, hasta subir al cielo. Y el que se hallare en pecado, tome por exemplo al glorioso Apóstol San Pablo, y conviértase como él se convirtió. El que es bueno, guarde la justicia hasta el fin, y el malo no tarde en convertirse del mal. El bueno no se descuide, confiando con presuncion en la bondad, y mire no se pierda por negligente, y el malo no desespere por verse en pecado; ántes bien el bueno se esfuerce á no caer, y el malo se esfuerce para levantarse. El bueno defienda con temor el estado de justicia en que está, el malo levántese de la culpa con dolor, y procure justificarse. El pecador cayga con San Pablo en el mal de tal manera, que con el mismo Santo se levante al bien, porque el glorioso Apóstol cayó malo, mas levantóse bueno: cayó injusto, fué levantado justo: cayó perseguidor cruelísimo, pero se levantó predicador de la verdad; cayendo pecador, perdió la vista corporal, se levantó justo, y cobró la espiritual. Juntóse con el glorioso Esteban, convertido de lobo rabioso en oveja mansa; y si ahora le buscáis, hallareis que San Pablo se alegra con Esteban, con Esteban goza de la claridad eterna de Christo, con Esteban está coronado, con Esteban reyna, y al lugar adonde Esteban se adelantó muerto con las piedras de Pablo, allí subió Pablo ayudado con las oraciones de Esteban. O hermanos míos, qué vida es tan verdadera, y de cuánta alegría es donde ahora estan los dos! allí Pablo no tiene por afrenta haberse hallado en la muerte de Esteban, y Esteban se alegra de la compañía de Pablo. Porque la caridad es la que en los dos se alegra, la caridad de Esteban venció la crueldad de los Judíos, y la caridad de Pablo cubrió la muchedumbre de sus pecados, y la caridad que en los dos se halló mereció recibir juntamente el reyno de los cielos. Concluyamos pues, que la caridad es principio y fuente de donde manan todas las buenas obras, firme defensa contra los vicios, y camino seguro para subir al cielo. El que siem-

pre caminare por la caridad, esté cierto de que ni podrá errar, ni le convendrá temer. Ella os guia para ir, ella os defiende en el camino, ella os lleva al puerto de la gloria. Por tanto, muy amados hermanos míos, pues Christo Redentor nuestro nos dexó esta escala, para que el christiano pueda subir al cielo, procurad tenerla pura y perfecta en vuestras almas, y exercitadla siempre los unos con los otros, y aprovechando en ella siempre, subid mas y mas en perfeccion: tened firme el corazon en las virtudes, para que con estos medios llegueis al fin de la gloria, ayudandoos siempre la gracia del Señor, que vive y reyna para siempre jamas. Amen.

Sermon del glorioso San Máximo Obispo, sobre la misma fiesta del glorioso Protomártir San Esteban.

Quando la lección de los Actos de los Apóstoles, que hoy habeis oido, muy amados hermanos míos, nos cuenta en la letra cosas dignas de maravillarse, en el misterio encierra cosas de mucha veneracion y dignidad. Mirad lo que dice el glorioso Esteban: veo los cielos abiertos y al hijo de la Virgen que está levantado á la mano derecha de Dios. Considerad, hermanos míos, con mucha atencion, porque viendo el glorioso Esteban á Christo Redentor nuestro á la mano derecha de Dios padre, dice que ve al Hijo de la Virgen, y no dice que ve al Hijo de Dios. Pues en la verdad parece que mayor honra daba al Señor, diciendo que veia al Hijo de Dios, que diciendo que veia al Hijo de la Virgen. Pero era muy conforme á razon que así lo dixese, y que así se mostrase en el cielo, y se predicase en la tierra. Porque todo el escándalo de los Judíos estaba en decirnos, que ¿cómo era posible ni se podia sufrir, que Christo Redentor nuestro hubiese nacido hombre verdadero de la Virgen Sacratísima, y

al

al mismo tiempo fuese Hijo de Dios? Con grande providencia, pues, la santa Escritura nos da testimonio de que Esteban glorioso vió al Hijo de la Virgen levantado á la mano derecha de Dios padre, y de que le fué mostrado al mártir santo en el cielo un argumento que confundiese la pérfida incredulidad de los Judíos que le negaban en el mundo; y que así la verdad soberana dió testimonio al santo mártir, contra lo que la baxa incredulidad de los Judíos contradecia. Y aunque el gran Profeta dice en general de todos los Santos, preciosa es en el acatamiento del Señor la muerte de sus Santos: no obstante si alguna ventaja se puede dar entre los Mártires, tendremos á mi ver por principal al que ha sido el primero. Porque aunque habia sido el bienaventurado Esteban ordenado Diácono por manos de los Apóstoles; pero los precedió en la gloria de morir el primero con una muerte tan gloriosa, y con el triunfo de una corona tan señalada; y aunque en la orden de la dignidad les fuese segundo, en el recibir la muerte fué primero, y el que en el grado les era discípulo empezó á serles maestro en el martirio. Parece que quiso cumplir lo que el Profeta Real enseñó quando dixo: ¿qué daré yo al Señor por tantas mercedes como me ha hecho? Quiso pues Esteban Protomártir bienaventurado ser solo, y el primero á pagar al Señor las mercedes que con todos los hombres habia recibido. Porque él primero que otro ninguno pagó la muerte que su magestad por todo el linage humano habia sufrido. Dice mas adelante la santa Escritura: y puestas las rodillas en tierra decia á voces: Señor, no les demandes este pecado. Mirad, muy amados hermanos, cuán grande es y maravillosa la caridad de este varon santo, que puesto en medio del tormento rogaba por los que le atormentaban, y recibiendo los duros golpes de las piedras, quando otro se olvidaria de sus muy amados amigos, él se acordaba de los crueles enemigos que le herian, rogando al Señor por ellos.

01

Q 2

ellos:

ellos: si lo quereis ver, mirad lo que decia quando le apedreaban: Señor, no les demandes este pecado. De manera, que mas dolor sentia de los pecados de sus enemigos, que de sus propias heridas. Mas pena le daba verlos en pecado, que la propia muerte; y con razon lo sentia mas, porque en la maldad que contra él los Judíos cometian, habia muchas cosas que llorar: en la muerte gloriosa de Esteban no habia de que dolerse: los enemigos por su maldad solo podian esperar morir eternamente, y Esteban con su muerte temporal estaba cierto de vivir en la vida eterna y perdurable. Imitemos pues, muy amados hermanos míos, en alguna cosa la fe de este grande maestro, la caridad de este tan esforzado mártir, y en esta Santa Iglesia en que militamos, amemos á nuestros próximos, á lo ménos como él amó á sus enemigos. Mas por nuestra culpa muchas veces, no solo no amamos á los enemigos, pero lo que es mucho peor, no guardamos fe á nuestros amigos. Alguno por ventura me dirá, no puedo yo amar á mi enemigo, pues cada dia me está dando pena como un adversario cruelísimo. O tú qualquiera que esto dices, si miras tanto lo que un hombre ha hecho contra tí, yo te ruego que mires lo que tú has hecho contra Dios. Y pues tú has cometido ofensas incomparablemente mayores contra Dios, ¿por qué no perdonas al hombre lo poco, para que Dios te perdone lo mucho? Acuérdate de lo que te ha dicho la misma verdad en el Santo Evangelio: mira la caucion que te dexó, y el pacto que concertó contigo. Si vosotros perdonareis á los hombres las ofensas que os han hecho, el Padre Celestial os perdonará las que contra su magestad habeis cometido; y si no los perdonareis, ni él tampoco os perdonará vuestros pecados. Veis, hermanos míos, como la gracia del Señor está puesta en nuestro poder, y el juicio que sobre esto esperamos, pues dice: si perdonareis, sereis perdonados. Muchas veces os lo he dicho, hermanos, y muchas mas os lo espe-

ro decir: nadie pues se burle, ninguno se engañe á sí mismo; porque es una grande verdad, que si el hombre en esta vida tiene odio á un solo hombre, todas quantas buenas obras hiciere son perdidas. Acordaos de que el glorioso Apóstol San Pablo, que no puede mentir, dice: si yo diere mi hacienda para que la coman los pobres, y ofreciere mi cuerpo para que le quemén, si con todo esto no tengo caridad, ninguna cosa me aprovecha. El glorioso Apóstol San Juan dice confirmando esto mismo: qualquiera hombre que no ama á su próximo, está muerto; y el mismo Santo dice: el que tiene odio á su hermano, es homicida; y en este lugar entiende San Juan por hermano á qualquier hombre del mundo, porque siendo Jesu-Christo nuestro padre, todos somos hermanos. Por lo qual ninguno se precie de que guarda virginidad, si no tiene juntamente con ella la caridad: ninguno confie en que hace muchas limosnas, ni en que es muy asistente á la oracion, porque sin duda miéntras en el corazon guardare algun rencor contra su próximo, ni con estas buenas obras, ni con otras ningunas podrá aplacar al Señor para que tenga piedad de él. Mas si alguno desea mucho tener á Dios propicio, no se desdeñe de oír un buen consejo, y este no quiero que le tome de mí, sino de la boca del mismo Redentor y Señor nuestro, que dice en el santo Evangelio: "si vienes al Altar para ofrecer tu sacrificio, y estando allí te acordares de que tienes ofendido á tu próximo, ve primero á él, y reconciliate con él en el amor, y entónces ven y ofrecerás tu sacrificio." Nosotros desventurados, teniendo el alma llena de odios y engaños, como si estuviere con la limpieza que debe, no dudamos llegarnos al Altar, sin temor de lo que está escrito por el glorioso Apóstol, que hablando con los de Corinto, dice: el que indignamente come ó bebe este santísimo Sacramento, el juicio come ó bebe para sí. Alguno dirá: grande trabajo es amar á los enemigos, y rogar por los perseguidores. No te niego,

hermano mio, que es así como lo dices: bien conozco que para cumplirlo es grande el trabajo que se pasa en este siglo; pero tambien te afirmo que es incomparablemente mayor el premio que se te dará en el cielo, y piensa bien que por amar á tu próximo se hace Dios tu amigo, y no solo te toma por amigo, mas aun por hijo. Palabra tenemos de su boca, que de esto nos aseguró quando nos dixo en el santo Evangelio: amad á vuestros enemigos, y haced bien á los que os aborrecen, para que seais hijos de vuestro padre que está en los cielos. Piensa hombre mortal quantos extremos harías si algun Príncipe ó Señor rico de la tierra determinase tomarte por su hijo adoptivo y heredero; ¿cómo lo servirías, cuánto sufrirías á sus criados, sabiendo que así conservabas su gracia, quantas cosas indignas, viles y contrarias á tu voluntad pasarías, solo por venir al señorío de una triste, breve y miserable herencia? Pues mucho mas conforme á razon es que sufras por la herencia del cielo tan rica y perdurable, lo que sufrirías por la vil y baxa de la tierra. No podemos negar que son razones muy claras las que nos convencen á conceder, que para sufrir lo que Dios nos manda por su servicio, no nos falta el poder, sino la voluntad; y no conviene que digamos, no podemos, sino no queremos, y esto se ve cada dia y en todo lugar, que si un tirano poderoso nos afrenta con injurias graves de obras, ó de palabras, no solo no osamos tomar venganza con las obras, mas ni aun á volverle una mala palabra; y no digo en presencia, pero ni en ausencia, si pensamos que lo ha de saber; y esto por temor de que nos venga mayor mal. Razon sería que valiese tanto acerca de nosotros el amor de Dios, como el temor de los hombres. Callamos contra las injurias graves del poderoso, y nos enfurecemos contra los pecados veniales del pobre: nos encendemos en ira como bestias fieras, sin tener respeto á Dios, y con obras y palabras queremos tomar venganza del hombre

bre, que á veces nos ha enojado sin malicia; y si quereis saber por que al tirano poderoso no respondemos con causa, y al pobre y flaco maltratamos sin ella, no es otro el motivo sino que tenemos temor de los hombres, y no de Dios. Ruégoos pues, muy amados hermanos míos, que quanto nos sea posible, con el ayuda del Señor, nos armemos de paciencia, y con todos los malos hombres con quienes se nos ofreciere algun trabajo, usemos de la arte de los médicos: tengamos odio á sus obras, y amor á sus personas. Roguemos al Señor por los buenos, para que siempre los mejore: por los malos, para que brevemente los alumbre y convierta; para que se emienden con el exemplo del glorioso Mártir, cuya fiesta celebramos á vista del Señor, que vive y reyna para siempre jamas. Amen.

Sermon maravilloso del gran Doctor San Agustin, sobre la misma fiesta.

Muy amados hermanos, el dia pasado celebramos el nacimiento en que el Rey de los Mártires nació en el mundo: hoy celebramos el nacimiento, en que el primero de los Mártires salió del mundo. Era necesario que el Señor inmortal se hiciese hombre por los mortales, para que el hombre mortal menospreciase el morir por el Señor inmortal; y así nació el Señor para morir por el siervo, para que el siervo no temiese morir por el Señor: nació Christo en la tierra, para que Esteban naciese en el cielo: entró el Señor en el mundo, para que Esteban entrase en el cielo: descendió el Soberano á las baxezas, para que el hombre baxo subiese á las alturas: fué hecho el Hijo de Dios Hijo de la Virgen, para que el hombre pudiese ser hecho hijo de Dios: hizo maravillas Christo, y hizo maravillas Esteban; pero Christo las hizo sin Esteban, Esteban no las pudo hacer sin Christo; tomaba

Esteban vida de Christo, como la toma el sarmiento de la cepa. Si te admiras de ver el racimo colgado del sarmiento, mira tambien como el sarmiento está asido con la cepa. Ea pues, Esteban glorioso, dí algo á los Judíos, para que te apedreen, y vengas á ser coronado: tirales palabras, y recibe las piedras que ellos te tirarán: dí algo contra el corazon no circuncidado, y morirás apedreado: díles algo de aquel Señor cuyo nombre ellos no quieren oír. Sean avergonzados los labios engañosos y hechos crueles y mudos. Díles pues Esteban glorioso en donde ves vivo aquel Señor que ellos escarnecieron crucificado: díles en donde le ves, y como ya no viues aquí, sino con él otra mejor vida: díles como no consiguieron lo que ellos querian, porque vivo está el mismo á quien mataron: díles como ves á la mano derecha del padre, y levantado al que ellos escarnecieron crucificado. Y así el mártir glorioso decia: mirad una gran maravilla, que yo veo los cielos abiertos, y al Hijo de la Virgen que está á la mano derecha de Dios; pero ellos dando contra esto grandes voces, se tapaban las orejas como si oyeran blasfemias. Taparon las orejas, y acudieron á las piedras, y con grande alboroto empezaron á apedrear á Esteban, que invocaba al Señor, diciendo: Señor, mi alma se llegó á tí, porque mi carne es apedreada por tí, recibe, Señor, mi espíritu, y dame lo que tienes prometido. Oraba Christo por los que le crucificaban, y Esteban oraba por los que le apedreaban. Oraba Jesu-Christo Señor nuestro clavado en el madero, y Esteban oraba arrodillado en tierra; y el que estando en pie encomendaba su espíritu al Señor, puestas las rodillas en tierra rogaba por sus enemigos. Oraba al Señor por sus enemigos, como si les fuera muy amigo, diciendo: Señor, yo soy el que padezco, yo soy apedreado, contra mí estan tan crueles, contra mí braman. Mas yo te suplico que no les demandes este pecado, y acuerdate Señor de que esto que ahora digo, de tí lo aprendí primero: yo siervo tuyo padez-

co

co, mas gran diferencia hay entre tí y entre mí: tú eres Señor, yo soy tu siervo: tú eres la palabra divina, yo soy el que la oigo: tú eres maestro, yo soy tu discípulo: tú eres Criador, yo soy criatura: tú eres Dios, yo soy hombre. Gran diferencia hay Señor entre el pecado de estos que me apedrean, y el de aquellos que te crucificaron. Y quando tú Señor dixiste, Padre perdónalos que no saben lo que hacen, tú pediste perdón para un grande pecado, y me enseñaste á mí á pedirle por el pequeño. Decia, pues, Esteban glorioso, Señor no les pidas este pecado, como si dixera: Señor yo padezco en el cuerpo, no pierdan estos el alma: ellos tiraban piedras, Esteban glorioso derramaba sangre, lágrimas y oraciones. ¡O hermanos qué piedad esta tan grande! ¡qué clemencia! ¡qué caridad! en fin el Santo pone en su convite de lo que comió en la mesa de su Maestro. En la ley está escrito, te sentaste á una gran mesa, sabe pues, que otra tal tienes tú que aparejar. Tales, pues, fueron las cosas que Esteban presentó en su oracion, quales las que habia comido en la mesa de su Maestro y Señor. Christo Señor y Redentor nuestro dixo: Padre perdónalos que no saben lo que hacen: Esteban bienaventurado dixo: Señor no les demandes este pecado, y dicho esto durmióse en el Señor. ¡O sueño bienaventurado! ¡ó sueño de paz! ¿qué cosa puede haber mas reposada que este sueño? ¿qué cosa puesta en mas quietud que este sueño? ¿qué tal iría para con sus amigos, el que con tanto amor partia de los enemigos? Y porque pueda vuestra caridad, hermanos míos, conocer quanta fuerza tuvo la oracion del glorioso mártir Esteban, venid conmigo, y vamos á ver aquel mancebo perseguidor suyo llamado Saulo: el qual, segun en la leccion hemos oido, guardaba las ropas de todos los que apedreaban á Esteban: de suerte que parecia que él solo le apedreaba con las manos de todos. Sabed, que yendo este mismo por el camino, subitamente fué cercado de una lumbré del cielo, y oyó

Tom. I.

R

una